

# RELATOS NÁUTICOS

## Algar, el río que se hizo por una vez navegable





**Antonio Robledo, "Zapa"**

**Guía de embarcaciones de aguas bravas  
Gerente de Kalahari Aventuras**

**E**l destino me hizo varar en las pétreas playas de Altea. Yo, que navegué siempre por ríos, llegué por mar en mi blanco kayak hasta las costas de Althaia, donde encontré a mi valquiria y fijé mi residencia hace 15 años, donde planté mi semilla con nombre de montaña "Aitana". A pesar de asentarme aquí, no dejé mi profesión de bajador de ríos. Sigo teniendo mi segunda residencia en las Hoces del río Cabriel (Venta del Moro-Valencia), donde desarrollo labores de guía de embarcaciones de aguas bravas: kayak, rafting, river SUP, hidrospeed, canoa. Otra de mis especialidades ha sido formar en seguridad y rescate a técnicos de emergencias en aguas interiores y riadas, como bomberos, protección civil, barranquistas, U.M.E. o la propia cruz roja. Mi trabajo me facilitó conocer ríos de los cinco continentes, desde los caudalosos ríos himalayos,

a los empinados cursos chilenos, los misteriosos ríos africanos, los selváticos cauces amazónicos o los ríos más turbulentos de la península ibérica. Combiné mi trabajo de guía con retadoras expediciones. Entre otras muchas, protagonicé un capítulo del mítico programa de tv Al filo de lo imposible, "Las venas de la tierra". Lo podéis ver en google.

Altea y la Olla se convirtieron en mi lugar de reposo, donde me dediqué al noble arte de la crianza, sin dejar de trabajar en otros destinos.

Tras fuertes tormentas y continuas lluvias en forma de gota fría floreció un río de caudalosas aguas al lado de casa y, lo que normalmente era un riachuelo, llamado Algar, se convirtió en un río navegable. Las primeras veces me aventuré a bajarlo en kayak, desde las fuentes del Algar en Callosa hasta su desembocadura. No era un río fácil pues la vegetación y las constantes presas y azudes dificultaban la navegación.

Este invierno, tras las copiosas lluvias creció el cauce de nuevo y, como los niveles persistían, surgió la idea.

Llamé al equipo de Kalahari Aventuras, compañía de aventuras donde trabajo y que a la vez dirijo. Acudieron varios guías con tres balsas de rafting y destinamos un fin de semana para la práctica de este deporte en un inaudito escenario a los pies de la sierra de Bernia.

Colocamos carteles por el pueblo donde ofrecíamos a sus habitantes poder realizar el descenso en balsa neumática "rafting" comenzaron a llamarnos y concertar los descensos.



Era la primera vez que se realizaba este apasionante deporte en Alicante, nunca antes se había bajado en rafting en toda la provincia. Cerca de 80 personas decidieron probar. Llegó gente de Altea y también de los alrededores, se corrió la voz. Era una oportunidad única poder descender su río, muchos se quedaron sin probarlo porque sencillamente no se habían enterado, resultó ser precipitado, aprovechando el caudal.

Pertrechados con el equipo necesario, traje de neopreno, casco, chaleco salvavidas y pala, comenzamos el itinerario ahí donde confluyen los ríos Guadalest y Algar. Previa charla explicativa de cómo remar en equipo y de seguridad fluvial, iniciamos el descenso. La primera sensación fuerte era saltar la presa, donde el personal ya se daba cuenta de que aquello no era precisamente un paseo en barca. Había que remar y estar presto a las órdenes de los guías. Rápidamente nos adentramos en una jungla de cañas, donde el agua se imponía sobre los domados bambús que la riada antecesora había tumbado, definiendo un exiguo cauce entre cañares aplastados. Pero no siempre era así,

en algunos tramos las rápidas aguas se adentraban por pasillos de crujientes cañas y ahí no podíamos más que agacharnos, ponernos en posición tortuga y embestir con la indestructible balsa de rafting. Como un ariete hacia quebrar las cañas a nuestro paso. Atravesado el tupido cañar. Posteriormente el cauce se habría y entrábamos en grandes trenes de olas hasta llegar a un salto, producido por un marcado desnivel, formando un temible rebufo el cual se sorteaba dignamente. Llegamos a la altura del puente de la autopista donde el agua se aceleraba de nuevo y la espuma blanca propia de los rápidos hacía su aparición. El paisaje era fantástico pues el río nos daba una perspectiva nada usual.

Teníamos que estar atentos, pues había lo que en el argot de las aguas bravas llamamos un infranqueable. Un lugar donde no es posible la navegación sin tener un percance grave. Parámos la embarcación antes de llegar al puente de Sogai que convertía sus ojos en una trampa sifonada peligrosísima. Porteamos la balsa andando por la orilla hasta rebasar el puente donde embarcarnos de nuevo.

Los curiosos paseantes desde las orillas nos animaban y aplaudían en nuestro descenso, pues se sorprendían de vernos bajar por el río. Finalizamos el tramo pasado el puente del trenet.

El puente de la carretera del polideportivo no nos permitía acabar en el mar como nos hubiera gustado, pero era suficiente. La experiencia de navegar en el Algar y haber sido pioneros en su descenso colmaba de alegría a los osados remeros alteanos. Alguien dijo - Ha sido una experiencia maravillosamente emocionante poder haber bajado nuestro río, nunca lo hubiera pensado. Esta es la historia de una aventura náutica- fluvial a orillas de nuestro bien querido mar, por una vez la sal no fue la protagonista en una experiencia náutica en Altea.